

Damasco, quedarían los cristianos dueños de todas las riquezas de que se hubiesen apoderado, y se les daría además 50,000 piezas de oro.

El tratado se firmó, y los cristianos entraron en Alejandría, tomando posesión de ella Schaour (1).

Saladino, al salir de la ciudad, viendo á Onfroy de Toron, gran condestable del reino, entusiasmado del valor que había desplegado durante el sitio, le rogó que como el más bravo de los nobles que había conocido, le armase caballero á la usanza de los cristianos; lo que hizo el condestable, previo el permiso del rey, reconociéndole las prendas de valor y obstinada defensa que había sabido imprimir dentro de la plaza durante el sitio.

Antes de salir de Egipto, Amauri hizo un nuevo tratado con Schaour, con el cual quedó estipulado que en el Cairo habría una guarnición cristiana, y que el visir pagaría cada año 100,000 besans como tributo. Amauri fué colmado de magníficos regalos, así como todos los jefes del ejército, el cual tomó el camino de Ascalon, entrando en la Palestina, cubierto de gloria y honor.

En este tiempo Fr. Godofredo Foulcher, de procurador general pasó á ser nombrado gran preceptor de Palestina, y en esta calidad fué enviado á Occidente como embajador á los reyes de Francia é Inglaterra.

Amauri le dió una carta de recomendación para Luis el Joven, en la cual se leen estas palabras: «Es de vuestro reino sobre todo, y aun mucho más de vuestra bondad paternal, que la Iglesia de Oriente espera alivio á sus males. Penetrados de vuestro natural bienhechor, recomendamos á Vuestra Majestad á todos aquellos á quienes les ha quedado algun celo por el honor de los Santos Lugares, pero especialmente á los caballeros del Temple, que nosotros vemos se sacrifican todos los días, y que les somos deudores, despues de Dios, de lo poco que podemos, y de todo lo que hay de glorioso en nuestras empresas. Todo el bien que ellos reciban de vuestra liberal mano, estad persuadido que lo consideraremos como hecho á Nos mismo (2).

Fr. Godofredo fué recibido con mucha distinción por Luis VII y Enrique II; durante su permanencia en Inglaterra, se le empleó en diferentes negociaciones; fué comisionado en unión del obispo de Auxerre y el abad del Cister, para trabajar en la reconciliación de Enrique II de Inglaterra y Tomás Becquet, arzobispo de Cantorbery (3).

Dos años había que el arzobispo de Cesarea y Fr. Odon de S. Amand, mariscal del reino, despues Gran Maestre del Temple, negociaban en Cons-

(1) Historia gen. de los Hunos, tom. 2, pág. 193; Historia de Saladino, lib. 1.

(2) Gesta Dei per Francos inter regum et principum, Epist., pág. 1181.

(3) Johan. Sarejb., Epist., pág. 472.

tantinopla el matrimonio de Mauri con la sobrina del emperador Manuel Comneno, cuando llegaron dichosamente al puerto de Tiro con la futura esposa á mediados de setiembre de 1167. La alianza que Amauri contrajo con los griegos por razón de dicho matrimonio, despertó de una manera violenta su ambición para apoderarse del Egipto. Sus ensueños eran vivos é inquietos; le atormentaba la continua representación de la grandeza de aquel país, de su fertilidad y de la riqueza de sus habitantes, de las armadas y comodidad de sus puertos; su imaginación le devoraba, al considerar que con un reino tan vecino y formidable, el día en que apareciera un califa ó sultán belicoso, los latinos no podrían conservar la Palestina ni los Santos Lugares, cayendo irremisiblemente en manos de los infieles, y que por lo tanto sería una provincia del Egipto, como era antes de la conquista de Godofredo de Bullon; y así sucedió, pues el génio militar que debía subyugarlo todo era Saladino. Preocupado con estos pensamientos, y teniendo en cuenta el poco valor de los egipcios, creyó que no podía afianzar mejor su dominación y la de sus sucesores, sino apoderándose del Egipto; y como entraba en su designio, más que todo lo antedicho, la posesión de las inmensas riquezas, que era su pasión dominante, de ahí es que su imaginación calenturienta contaba ya en sus cofres los tesoros del califa, lisonjeándose de que, aunque no lograra el apoderarse de todo el reino, á lo menos sería dueño de una gran parte de él. Para poner en ejecución este plan, que fué desastroso y puede decirse el principio de la pérdida de la Palestina, envió á Constantinopla, para pedir socorros á Manuel Comneno, á Guillermo de Tiro autor de la historia de Jerusalem, arcediano, preceptor que fué despues de Balduino, y últimamente arzobispo, el cual negoció un tratado de alianza, y desde luego se nombró al almirante Contostefane para que con una escuadra desembarcase tropas en auxilio de Amauri (1).

Mas todo esto no bastaba; era necesario asegurarse de los dos Grandes Maestres. El de los Hospitalarios, Fr. Gilberto de Assalit, no tuvo reparo en secundar el plan del soberano, seducido por la halagüeña promesa de que la primera plaza que se rendiría sería propiedad de la Orden, olvidándose de que á pesar de ser él Gran Maestre, su autoridad se hallaba restringida por el Gran Consejo, y que ninguna empresa se podía hacer, sin sujetarse á un plan fijado por la regla y estatutos de la Orden. Cuando el Gran Maestre comunicó á sus caballeros la campaña que iba á emprenderse, los de más importancia, crédito é inteligencia fueron de contrario parecer, diciendo que no teniendo la expedición por principal objeto la defensa de los Santos Lugares, socorro y conservación de los peregrinos y

(1) Guill. de Tiro, lib. 26, cap. 1.



pueblo cristiano, la Orden no debía tomar parte en ella. A vista de estas observaciones justas y razonables del rey, aconsejado por el Gran Maestre, ofreció al Consejo, en recompensa del auxilio que le prestase, sufragar todos los gastos, anticipos y perjuicios, concediendo entregar Pelusa en propiedad á la Orden. Bajo este punto de vista el Gran Maestre se esforzó en convencer al Consejo, ponderando la importancia de la plaza y las ventajas que resultarían de ella en favor de la religión. No obstante, hubo caballeros que dijeron que la delicadeza de su honor y la observancia de la regla se lo impedían, pues la iglesia no les había confiado las armas para conquistar, sino para defender los Santos Lugares, añadiendo con entereza que dicha expedición era injusta, pues á pesar de que el Egipto era una nación infiel, sin embargo se faltaba á la fe de un tratado de paz, que un rey cristiano no debía romper sin un grave motivo, y que en el caso presente éste no existía. No obstante hubo en el Consejo otros caballeros, sea por amistad ó deferencia al jefe de la Orden, sea por compromisos secretos, que se declararon por la guerra. Se pasó á votación, y la pluralidad apoyó á los últimos, deliberando que si el rey marchaba á Egipto, el Gran Maestre á la cabeza de los Hospitalarios le siguiese. Para los gastos se abrió un empréstito con los banqueros de Florencia y Génova, y con este dinero y el que remitió el emperador de Constantinopla, pudo formarse un cuerpo respetable de tropas á sueldo de los Hospitalarios.

El rey Amauri contaba, pero equivocadamente, con el concurso poderoso de los Templarios, quienes rehusaron constantemente tomar parte en esta expedición, fundándose en que la guerra que se pretendía hacer contra el Egipto era injusta, que no había sido roto el tratado de paz, y ni tampoco se había proclamado la guerra según uso y costumbre de la época, es decir, mediante declaración de guerra publicada por un heraldo (1). El Gran Maestre de los Templarios, Blancafort, representó al rey los motivos por los cuales la Orden no debía tomar parte en dicha campaña, diciéndole entre otras cosas «que el día en que entró en la Orden del Temple, no se le habían puesto las armas en la mano para hacer de ellas tan mal uso, que no podría obrar sino contra su conciencia tomando parte en dicha expedición, pues era contra todas las reglas de equidad marchar sobre el Egipto, que descansaba en la probidad é hidalguía de los cristianos, debiendo considerar como inviolable la fe de un tratado, en el cual el Procurador general de la Orden había sido uno de los principales mediadores en nombre de todos los cruzados.» Si debiéramos creer al caballero Jauna, fué menos por delicadeza de conciencia que por animosidad, el que los Templarios vituperaron la conducta del Gran Maestre del Hospital.

(1) Guill. de Tiro, lib. 26, cap. 5.

Dice este historiador, prevenido contra los Templarios: «Al contrario, los del Temple, aunque igualmente ávidos, y poco escrupulosos también como los Hospitalarios, sea que la emulación que reinó después con tanto furor entre estas dos Ordenes ya había empezado, ó que no quisiesen mezclarse en nada en este asunto, en el cual habían tomado tanta parte sus rivales, ó en fin que no considerasen tuviera buen éxito esta empresa, lo cierto es que jamás consintieron en formar parte de ella (1).» Atribuir así á mal fin una acción laudable es descubrir la injusticia de sus prevenciones, es para un escritor, declarar demasiado su inclinación de detractor, y bajo este supuesto hacerse sospechoso.

Amauri se impresionó muy poco de las observaciones del Gran Maestre del Temple, ni de la falta tan importante que haría al ejército, no formando parte de él esta Orden. Impaciente por entrar en campaña, no esperó siquiera la vuelta de su embajador, y en el mes de octubre de 1168 atravesó rápidamente los desiertos que separan la Siria del Egipto, y en diez días se presentó delante de Pelusa, que está situada á la ribera del Nilo. Mahazan hijo del califa Schaour y un sobrino suyo mandaban en la plaza: al divisar el ejército cristiano delante de sus muros, enviaron á Amauri una embajada, para significar la sorpresa que les causaba el ver al pie de las murallas y como enemigo á un príncipe, que el sultán de Egipto consideraba como aliado, mediando un tratado de paz que no podía considerarse roto de ninguna manera. Amauri contestó á los embajadores, diciendo que trataba de reprimir las correrías que los sarracenos habían hecho en sus fronteras y castigar su atrevimiento; lo que fué desmentido, porque Mahazan dijo que justificaría como desde la conclusión del tratado ningún soldado de su padre había entrado en tierra de cristianos: pero como la fuerza estaba en lugar de la razón, se rechazaron las observaciones del gobernador de la plaza, y se le intimó la rendición. La ciudad se preparó á la defensa, y cuando vino el asalto, es indescriptible el arrojamiento de unos y el furor de otros: flechas, dardos, fuegos artificiales, todo se puso en juego para impedir la toma de la plaza; el combate fue terrible y el asalto espantoso, muriendo muchos oficiales y soldados cristianos, víctimas de su valor y arrojo; y penetrando por último después de una prolongada y encarnizada lucha dentro de la ciudad, pasaron á degüello á hombres, mujeres y niños sin piedad ni compasión, pareciendo que los cristianos querían sobrepujar en barbarie y crueldad á los árabes y sarracenos y sólo respetaron la vida de algunos habitantes por la sed de avaricia, haciéndoles pagar por su rescate sumas enormes. Conquistada la plaza, según el convenio hecho entre el rey y el Hospital, fué entregada á la

(1) Hist. gen. de Jerusalem, tom. 1, pág. 188.



Orden de San Juan, y el ejército tomó en seguida el camino del Cairo, capital del Egipto. No pueden explicarse la sorpresa y la consternación que experimentó el sultán, al saber la toma de Pelusa y la prisión de su hijo y sobrino, y mucho más al considerar que dentro de poco iba á tener al ejército cristiano delante de sus muros. Schaour, al verse en peligro tan inminente, acudió á Noradino, por más que se avergonzase de haber faltado á su palabra. Noradino, que observaba y temía á los Templarios vecinos de sus estados en Siria, se contentó de enviar á Siracon con un cuerpo de tropas en favor del sultán del Cairo. Mientras tanto Amauri acampó delante de la capital, y Schaour, temiendo que su ciudad fuese tratada como Pelusa, procuró contentar á los cristianos, y envió una diputación á Amauri protestando de ser su más fiel aliado, y ofreciendo dos millones en oro por la paz y rescate de su hijo y sobrino. El rey, ofuscado por la brillantez de tanto dinero, admitió las condiciones, levantando el sitio y retiróse á Pelusa, aguardando sin inquietud el dinero que se le había prometido.

Entre tanto Siracon á la cabeza del ejército y las fuerzas del sultán del Cairo, que llegaban de todas partes, se unieron, obligando al ejército de Amauri á retirarse, con el pesar de haber aumentado el número de sus enemigos, y de verse privado del tributo que antes cobraba anualmente de los egipcios (1).

Para mayor desgracia del rey de Jerusalem, una flota que desde Constantinopla iba en socorro de su ejército, parte pereció, y parte fué dispersada por una furiosa tempestad. Agobiado con tantos contratiempos, diezmado el ejército por enfermedades, deserciones y otros accidentes de la guerra, y no pudiendo resistir á tantas fuerzas enemigas, trató de ganar la frontera de Palestina; y como no habia esperanza de sostenerse tampoco la guarnición de Pelusa, el Gran Maestre del Hospital se vió en la triste necesidad de retirar los caballeros que tenia en ella de guarnición. El ejército fué perseguido todo el camino por los destacamentos del ejército musulmán; sin embargo llegó á Palestina y á Jerusalem, con la confusión de haber roto inútilmente un tratado solemne y emprendido una guerra injusta y mal dirigida.

Los cortesanos acumularon esta desgracia al Gran Maestre del Hospital, y los caballeros de dicha orden se lamentaron altamente, diciendo que por su vanidad la orden se hallaba con una deuda de más de 200,000 ducados. Unos con desprecios y otros con reproches obligaron á dicho Gran Maestre á renunciar su dignidad en pleno capítulo, y tuvo que marcharse luego de Palestina para ocultar lejos de aquel país, su vergüenza

(1) Hist. de Saladino.—His. general de los Hunos, tom. 2.—Guill. de Tiro: Hist. de los Arabes.

y su dolor; atravesó la Francia, y habiéndose embarcado en Dieppe para pasar á Inglaterra, naufragó el buque, y se ahogó desgraciadamente.

La estancia que hizo en Occidente Fr. Geofredo de Foulquier, fué de gran provecho á los orientales, por cuanto en este año de 1168 recogió una suma considerable de dinero, ya de economías de la Orden, ya también de las limosnas de los fieles, y sobre todo por la munificencia de Luis VII, como así se desprende de una carta de reconocimiento que remitió á dicho rey el Gran Maestre Blancafort, en que le decia: «Los favores sin número que Nos y nuestros predecesores hemos recibido de vuestra munificencia real, son sobre toda ponderación, y seria decir poco, que desde vuestros tiernos años nos habeis hecho experimentar los efectos más magníficos de vuestra liberalidad, y lo que acabais de hacer recientemente en nuestro favor, nos hace creer que el origen de vuestras larguezas es inagotable. Lo pasado nos lo habia convencido, pues vuestro gran corazón no ha faltado jamás en ayudarnos, sea prodigándonos vuestras limosnas, sea procurándonos las de otros. En reconocimiento de todos estos beneficios, y del recibimiento favorable con el cual Fr. Godofredo ha sido honrado en la corte, Nos conjuramos al Todopoderoso, para que os recompense centuplicado en el cielo, no pudiendo por Nos mismo, al presente, reconocer tantas gracias, por más sumisos y adictos que seamos á vuestras órdenes (1).»

Fr. Godofredo por su parte no fué menos reconocido hácia su bienhechor; despues de haberlo manifestado en términos casi semejantes, decia así: «Yo me he acordado con mucho cuidado de la comisión que al partir me habiais hecho; he visitado en vuestro nombre todos los Santos Lugares; en todas partes he hecho memoria en mis oraciones de vuestra sagrada persona, como así lo deseabais. Este anillo que os remito ha tocado todo aquello que hay de más digno de respeto y veneración en la Palestina. Yo os suplico que no rehuséis esta débil muestra de mi recuerdo y gratitud.»

Este año, que fué el último del maestrazgo de Blancafort, se renovó la antigua unión que habia entre los Templarios y los Cistercienses, á condición de que ninguno de ellos podian pasar de una Orden á otra (2). También en este mismo año, Alejandro III terminó la cuestión que habia sobrevenido entre los canónigos de S. Estéban de Dijon y los Templarios de dicha ciudad. Estos habiendo tratado de levantar un oratorio, á tenor de sus privilegios, y erigir un cementerio en un terreno suyo, situado en lo

(1) Gesta Dei per Francos, pág. 1181 y 1183.

(2) Journ. al des Sabants, 1 98, pag. 1.



que ahora se llama la Madalena, el abad de S. Estéban se opuso, bajo pretexto de un privilegio particular concedido á su Iglesia, que prohibia levantar capilla ó altar dentro de la jurisdiccion de sus parroquias sin su permiso. El asunto se llevó á Roma, y oidas las partes y discutidos los privilegios de una y otra parte, el Papa sentenció á favor de las Templarios y confirmó su derecho, sin autorizarles no obstante en el abuso que podian hacer de él, sea enterrando libremente en su cementerio en perjuicio de los párrocos, sea solicitando en ellos las ofrendas del pueblo, sea alejando á los fieles de su propia parroquia los domingos y fiestas solemnes (1).

#### DONACIONES.

La Orden del Temple en el espacio de algunos años adquirió posesiones considerables, por cuyo motivo no es posible hacer una relacion minuciosa de todas ellas, pues seria enojosa; sin embargo bastará apuntar las más importantes, así como ciertas circunstancias particulares.

En 1132 el conde de Urgel, llamado Ermengol de Castilla, hizo donacion de los derechos que tenia sobre el castillo de Barbará en la Marca y frontera de los moros, en favor de los Templarios, de consentimiento del conde de Pallars y otros nobles.

En 1134 el conde de Barcelona D. Ramon Berenguer IV dió al Temple dicho castillo de Barbará.

El 9 de las calendas de abril de 1143, el conde de Urgel Ermengol VI otorgó testamento, y entre otras cláusulas, dejaba á los Templarios uno de sus mejores caballos, con su silla, freno, lanza, morrion, loriga y espada.

En 1150, Roger vizconde de Carcasona, por testamento y por un acta anterior, señala al Temple algunas rentas, y da en vasallaje los vecinos del lugar llamado Falgaires, diócesis de Narbona (2).

Richardo señor de Renneville, hijo de Roberto señor de Harcourt, funda una encomienda y profesa en el Temple.

En 1151, Gaufredo Oliver confirma y aumenta las donaciones hechas por su suegro á los Templarios de Sicilia; las rentas á que hacia referencia eran llamadas con el título de Pentargus y Scudia (3).

En 1152, en Cataluña el conde de Barcelona dió á los Templarios Ambila y otros pueblos, conquistados á los moros en las riberas del Segre y Cinca, y los castillos entre Tarragona y Tortosa, bosques y lugares al-

(1) Hist. de la abadía de S. Estéban pág. 200, pruebas.

(2) Hist. del Languedoc, tom. 2, pag. 523.

(3) Sicilia Antiq., vol. 3, col. 1091.

tos, Miravet y ribera del Ebro, con la condicion de tener á Miravet bien pertrechado y buena guarnicion de Templarios.

En los anales de Baviera se hace mencion de los Lugares importantes llamados Tissia y Altmuhenster, en donde tenian convento los Templarios en 1155, debido á la munificencia de Oton y Enrique condes de Ritttemberg; dicho convento se hallaba á cuatro millas de Ratisbona á la embocadura del Almut (1).

En 1157, Enrique II de Inglaterra fundó en el país de Gales una casa prioral para el Temple, situada entre los castillos Rodelent y Basiquer (2).

El arzobispo de Artes con anuencia del Cabildo concede á los Templarios la iglesia de San Martín de Almenard, diócesis de Tolon. Fr. Pedro de la Rovere, Maestre del Temple de Provenza, Aragon y Cataluña, al aceptar dicha donacion, se obligó á un censo de 15 sueldos melgorienses que debía pagar al Arzobispo (3).

A últimos de 1158, D. Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona, dió, como limosna por sus pecados y para eterno descanso del alma de su difunto padre que se habia hecho Templario, un terreno en la comarca de Arsat, cuya donacion fué aceptada por Fr. Elías de Montbrun preceptor del Temple. Dicho conde de Barcelona fué uno de los más insignes bienhechores del Temple.

En este mismo año se edificó una iglesia para el Temple, llamada Santa Eulalia de Arsat, segun consta en los registros del archivo de Milhau (4).

En este mismo año Juan obispo de Cannes en Sicilia reconoció el derecho que tenian los Templarios sobre la iglesia y territorio de Santa Maria de las Salinas, derecho que algun tiempo se les habia disputado, y que Bonifacio sucesor de Juan en 1185 tambien reconoció, pero imponiendo un censo de tres libras cada año.

Siendo arzobispo de Ruan Hugo de Amiens, se fundaron dos casas para el Temple dentro de su diócesis, la una en Treport (1141) y la otra en Ruan (1160), en el mismo lugar en donde despues de la extincion se edificó la casa municipal; al cabo de poco tiempo se fundó otra casa en Ruan, en la calle de los Ermitaños (5).

Durante el Maestrazgo de Blancafort, los Templarios de San Gilles adquirieron 60 mojudas de tierra en Argenza á lo largo del Ródano, por la suma de 150 marcos de plata fina, quien hizo la venta fué Ramon conde

(1) Aventinus, lib. 7, cap. 1, n. 7.—Id., Chron. Triveti.

(2) Chron. Normannie, pag. 993.

(3) Gallia Christ. nova, tom. 1, col. 561.

(4) Id. id., tom. 1, col. 195.

(5) Gallia Christ. nova, tom. 11, col. 46, 47 y 72.



de Tolosa, á vafor de Fr. Hugo de Barcelona, procurador general de los Templarios de Provenza, Aragon y Cataluña, á Fr. Hugo de Veirieres y á Fr. Bernardo Catalan, procurador de San Gilles. El acta está firmada por Benard de Uzés, Eleazar su hijo y otros testigos. A estas 60 mojudas compradas al Conde se añadieron 10 más por limosna, y á la condesa, por haber dado su consentimiento á dicha venta, los compradores le dieron 300 sueldos melgorienses (1).

Despues de la abolicion del Temple, dichos bienes fueron adjudicados á la Órden del Hospital, y pertenecian á uno de los grandes prioratos de Malta.

No debe admirarse que los Templarios fuesen tan opulentos en Ruan; la razon es que en dicho punto les favorecia para las expediciones á ultramar, la comodidad de su puerto sobre el Ródano, les servia de asilo y lugar de refugio para los peregrinos, no solamente de los que iban, sino tambien de los que llegaban de Jerusalem, y con este motivo los grandes y el pueblo procuraron favorecer á los Templarios y Hospitalarios de San Gilles.

En 1163, Fernando rey de Leon, en una entrevista que tuvo con Don Alonso de Castilla su sobrino, convinieron los dos soberanos en conceder á los Templarios la villa de Uclés, á fin de asegurar el reino de Toledo y oponer una valla á las incursiones de los moros (2).

En 1165, Balduino abad de San Quintin en Isla, dió á los Templarios la tierra de Perence sobre el Lys, con todas sus dependencias, con la obligacion de un censo anual, consistente en un medio besse de plata, equivalente á la cuarta parte de un sueldo (3).

En 1167, el Maestre del Temple de Cataluña y Aragon, Fr. Arnaldo de Tarroja, Fr. Begon de Vesperies, Fr. Elías de Montbrun y Fr. Deodato de Corbera cedieron con ciertas condiciones el territorio de Falgueras, con todos los derechos que podia tener la Órden del Temple de Spelé, á Aldeamaro, primer abad de Bonesvalls de la órden del Cister (4).

Algun tiempo antes se habia hecho un acuerdo entre los Templarios de Marbode en Lorena y los Benedictinos de San Mihiel, cuyo abad pretendia el derecho sobre un molino construido en territorio de la jurisdiccion del monasterio, así como sobre una pieza de tierra que los Templarios poseian en Meserins. La cuestion se terminó, obligándose los Templarios á pagar cada año 6 sueldos de censo á la abadía y otros 10 si no

(1) Hist. general del Langu-doc, lib. 18, p. 186.

(2) Arte de verificar las fechas, pag. 680.

(3) Gallia Christ., tom. 9, col. 1088.

(4) Gallia Christ., tom. 1, col. 258.

pagaban con exactitud. Este convenio fué confirmado por el preceptor de Francia (1).

Tambien tuvieron lugar en este tiempo otras transacciones, como por ejemplo entre los ciudadanos de Arles y los Templarios de la misma ciudad entre los de Laon y la abadía de San Juan, entre el abad de Pont-le-Roi y la casa del Temple que habia fundado en Valentia, diócesis de Couserans; hemos tan solo hecho indicacion de estas transacciones, pues si quisiéramos dar detalles minuciosos, nos haríamos interminables (2).

En 1169 la Órden del Temple tenia un establecimiento y su capilla correspondiente en Brunswick (3).

(1) Hist. de San Mihiel, pag. 120.

(2) Cartularium S. Egidii Arrelatensis; Gallia Christ., tom. 9, col. 595; Id. id., tom 8, col. 1382; Id id. tom. 1, col. 129.

(3) Chron. Riddagshusense apud Meibomium, tom. 3, pag 317.

